

EXÁMEN DE ESTA OBRA.

«...Sacó la (grandeza) de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras columnas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de agua, y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura, por sus puentes, que se están mirando unas á otras, y por sus calles que, con sólo el nombre, cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo.» — CERVANTES. *El Licenciado Vidriera.*

De tal manera dejó el Sr. D. Severo Catalina dispuesta la presente para la publicacion, que no ha menester prólogo. En una extensa introduccion anticipó todo cuanto puede apetecerse en punto á su índole, su objeto, su fin, las fuentes de donde toma los datos, las noticias y á menudo los juicios; en una palabra, sobre cuanto conviene tener hablado entre el escritor y el lector para entenderse bien, durante el período de íntimo trato y de frecuente conversacion que siempre se entabla entre los dos. De suerte que, á no haber consignado nuestro imparcial, aunque poco autorizado, juicio de las demas obras del Sr. Catalina, y ofrecido el de *Roma* por separado, dejaríamos gustosos que el lector empezára su agradable ejercicio por la página primera sin el estorbo de estas otras ante-primeras.

Roma, centro histórico, religioso, político, artístico y en cierto modo científico del mundo antiguo y moderno, es uno de los más fértiles, interesantes, asuntos en que puede ejercitarse la pluma de un escritor. Y si posee variedad de conocimientos que lucir y trasmitir, y corazon para sentir las gran-

des vicisitudes de la humanidad, y viva imaginacion para reanimar lo pasado, y talento para juzgar del influjo de los sucesos unos en otros, y buen gusto para discernir lo bello en todas las épocas, y fino pincel para dibujarlo todo presentándolo con vivos colores y á la mejor luz, bien puede asegurarse que promete proporcionar á los lectores incomparable recreo, y que lo cumplirá.

Una guía, un manual de Roma, pueden ser libros muy cómodos y hasta necesarios para los viajeros. Una descripcion de Roma, con sus planos y sus láminas, libro frívolo, mueble ocioso, adorno de gabinete ó de velador. Una historia, libro de erudicion y de fechas y sucesos. Unas tardes ó noches romanas, más ó menos melancólico almacén de visiones y declamaciones. Unas ruinas..... Nada de esto limitadamente, y todo esto junto, y mucho más, es la *Roma* del Sr. Catalina. Un escritor capaz de entusiasmo, elevacion y hasta sublimidad, consagrado por muchos meses á examinar, estudiar, meditar y luégo referir y pintar vivamente cuanto contiene aquel inmenso monumento de monumentos y *ruina de ruinas*, es imposible, empezando él por sentir mucho, que no excite profunda sensacion en los demas.

Añádese que pocos escritores habrán lucido tanta libertad, y ninguno dispensado igual intimidad al lector. De lo primero da buen testimonio la claridad con que á cada cosa le da su nombre, aunque sea un tanto áspero y á las veces afrentoso; y en cuanto á intimidad, la descubre lo secreto y reservado de los pensamientos y los juicios, que no parece nacieron para llegar á palabras, ni ménos para pasar á renglones y parar en presentarse tan desnudos al público. Bien hace en ser póstuma la obra—lo decimos deplorando siempre la ocasion que la dejó huérfana,—porque á vivir el padre despues de salir ella al público, fueran innumerables las quejas, contradicciones y controversias que suscitaria; y eso que en toda ella no hay una sola palabra que pueda tomarse como personal. Eso tiene la irresistible corriente de la época, que aparece atrevida y hasta destemplada la correccion, por más que sea insufrible y hasta pestilente la corrupcion.

Lo importante es señalar aquí con la posible exactitud, qué preparacion anterior, qué caudal traia el Sr. Catalina cuando emprendió tan difícil obra, y á qué escuela pertenecia al ejecutarla, y siempre, ántes y despues. Lo primero nos dará la medida de lo que hay que esperar del libro; lo segundo nos hará prever el objeto á que en él se referirá todo. Porque conviene tener presente que es tal la tendencia que sentimos generalmente á la propagacion de nuestros principios, buenos ó malos, que en el trato, en la conversacion, en las cartas, en los libros, por pequeños que sean y traten de lo que traten, estamos de continuo ocupados en acreditar y sacar triunfante un sistema: el que no es así, es que no tiene ninguno, y pasa la vida indeciso y sin tomar partido.

En cuanto á preparacion y caudal de saber, para los que hayan leído toda la *Noticia* que precede—constancia que mucho les agradecemos—basta recordar que es ésta la última de las obras del Sr. Catalina, y que la releía, y retocaba, y adicionaba, y perfeccionaba hasta el último dia de su vida. Lo que equivale á decir que trajo por dote para su composicion cuanto aprendió y supo; y además su ya grande experiencia como escritor, y la madurez y perfeccion de su amable cultísimo estilo. ¿Para qué prolijas amplificaciones ni detenidas pruebas de esta verdad?—Apelamos á la buena fe de todos los lectores. Sin profundo conocimiento de la historia—profundidad que no se encierra en ningun libro escrito ó por escribir, pues proviene de la meditacion sobre lo que ellos contienen;—sin una memoria tan fiel como pronta y oportuna; sin copiosa erudicion; sin ejercitada crítica; sin grandes conocimientos artísticos y estéticos; sin buen gusto en todo, viene á ser imposible idear ni escribir una sola página de *Roma*.

Principios, sistema, escuela del Sr. Catalina. En esto hay que concederle, además de la sinceridad, de que es la mejor prueba la consecuente perseverancia, una casi maravillosa unidad, que sabe encaminarlo todo á un mismo fin, sin vacilacion ni contradiccion. Cuando observamos que un escritor en obras de muy diversa índole mira siempre sin distraerse á un objeto, á un término predilecto, no hay que dudarle, es que obedece

á un sistema filosófico fijo y decidido, es que todos sus esfuerzos se encaminan al triunfo de una idea que ha concebido cómo fundamental, como generadora de mil verdades importantes, de la verdad en todas las esferas imaginables. En todo ve el Sr. Catalina la Providencia. La providencia y la infinita bondad de Dios, que compadecida tanto de la tenebrosa, como de la brillante ignorancia del paganismo, y de la pulida y culta ó grosera, pero siempre vergonzosa, corrupcion universal, se dignó descubrirnos un día la verdad, y toda la verdad, y toda la pureza, y toda la belleza, haciendo á su unigénito Hijo portador y tipo de todos estos bienes, y código completo imperecedero de todo ese único tesoro, al Evangelio. De aquí la continua instructiva comparacion de las dos épocas, la ante-cristiana y la cristiana, en filosofía, en moral, en política, en ciencias, en artes, en belleza, en virtudes, en prosperidad, en civilizacion, sin conceder á la una ni asomo de ventaja en ningun género, y proclamando constante é impetuosamente á la otra, al cristianismo, único principio de todo bien, y á la revelacion como sólido fundamento de todo saber, de toda ciencia, de toda verdad. Esta es la base; lo demas son meras consecuencias.

Si acaso se pregunta dónde, en qué parte del libro se encuentra todo esto, dirémos que en ninguna página y en todas; que ése es su espíritu, sin que el autor se proponga disimularlo, ántes bien, descubriéndolo; porque se gloriaba de profesar estas doctrinas, y vivió y murió proclamándolas. Y si convencido el lector de esta verdad pregunta todavía si la exposicion de estas doctrinas fué el principal objeto del Sr. Catalina, nuestra contestacion tendrá tanto de afirmativa como de negativa, esperamos que sin contradiccion. Claro es, y lo dice el Sr. Catalina, que habiendo visto y visitado, examinado, estudiado á Roma y meditado sobre sus grandezas y sus ruinas, y nosotros añadimos que con extraordinario fruto, se propuso que los lectores españoles, sin esfuerzo ni trabajo, ántes con regalado placer, participasen de la riqueza por él atesorada, subiéndolo á la altura de sus observaciones y sus juicios por camino tan suave como ameno. Este es el objeto. Pero como en el

escritor dominaban las ideas religiosas que dejamos ligeramente apuntadas, como á ellas lo referia todo, tomándolas por norte de todas sus especulaciones y estudios y afanes, su proclamacion, su triunfo es el fin de ésta como de casi todas sus demas obras. Pero cuéntese como cosa muy segura que estas ideas que á toda hora se presentan, ni á la vista del lector más preocupado por la incredulidad ó la indiferencia cansan ni fatigan, ni quitan al libro parte alguna de su amenidad, ni ofuscan la abundante luz de útil doctrina en él atesorada. No necesita apologias, y ménos las nuestras: él andará solo su jornada; nadie empezará su lectura que no la concluya; nadie la continuará sin deleite, nadie la concluirá sin verdadero aprovechamiento.

No extrañará la prolijidad con que hemos expuesto los principios religiosos que creemos descubrir en todos los escritos del Sr. Catalina, y especialmente en esta obra capital suya. Apellídase á sí mismo *peregrino de la fe y de la devocion*, y luégo, que en esta su filosofía católica es fácil descubrir la base y el gérmen de todas sus ideas en los diferentes ramos del saber humano. Él mismo lo anuncia desde las primeras páginas. Hablando de los fundadores de la Roma pagana, y comparándolos con los primeros cristianos, dice: «Aquéllos, grandes en la bárbara ciencia de matar, fundaron una Roma soberbia y opresora; estos otros, grandes en la ciencia de morir, fundaron una Roma creyente y civilizadora, símbolo, desde el principio, de todos los progresos de la inteligencia en el arte y en la sociedad.»—Y para dejarle á él que forme y proponga el resumen de sus ideas, transcribiremos las ardientes y semi-proféticas frases con que termina la introduccion. «Ahora, dice, que la razon parece haber perdido los senderos de la verdad y de la justicia, un diluvio de errores inunda el mundo de la inteligencia; las aguas cubren el llano y las montañas, y suben y crecen hasta el punto de no dejar libre más que esta cumbre del Vaticano, donde la paloma de la esperanza y de la paz tomará el ramo de oliva, y donde ahora como siempre descansará, cual en asiento perdurable, el arca misteriosa en que navegan los destinos de la humanidad.»—Una vez leído esto,

cualquiera quedará preparado para cuanto el celo y la exaltación puedan en adelante sugerir; y en especial, tratando de la Sede Apostólica, la fecundidad de su amor excede los límites de toda ponderación, y se eleva á místicas sublimidades, que apenas pueden expresarse dentro de la estrechez de la palabra humana. «El trono de San Pedro (dice en la pág. 133), si no fuera una reliquia de la religion, sería siempre una reliquia de la historia y de la civilización»; y poco despues: «que prescinda de aquel trono la historia, y habrás apagado de repente la luz que alumbra los espíritus en el largo camino de las edades.» Concretándose todavía á la material silla de San Pedro, añade (pág. 140).....: «Ante esta silla de madera, cuya historia puede decirse es la historia del derecho y de las nacionalidades y de la civilización, parece que el entendimiento ve á mayor distancia, y que la razón juzga con mayor rectitud.»—Y por fin recordaremos aquellas cláusulas bíblico-proféticas que dejaba ya estampadas (pág. 81): «La luz que ha más de mil quinientos años arde inextinguible junto á la tumba veneranda de San Pedro, seguirá luciendo á pesar de los huracanes, y llevará sus resplandores, á través del tiempo, hasta los espacios infinitos que caen al otro lado de la eternidad.»—Esto parece discurrido para que, en su género, nadie pueda decir más.—Respetemos los vuelos de entusiasmo, y más siendo tan sinceros, comprendiendo que hay momentos en que el amor pondera y hasta se revela contra la tibieza del más exaltado lenguaje. No tomemos con rigor cuenta á los raptos de un amor que rebosa y estalla; ¿se las tomamos de sus gritos á la madre que contempla enajenada, sobre sus rodillas, desnudo, al hijo que dió á luz y amamanta, y que por fin la corresponde con su primera celestial sonrisa?

Y no hay recurso, no hay arbitrio para permanecer frío, para no dejarse contagiar de ese entusiasmo, viniendo á caerse de la mano la vara censoria, puro estorbo al aplaudir. Pruébese, sino, á leer (pág. 109) la descripción de la bendición papal de Juéves Santo y del día de Pascua, aunque sea con decidido ánimo de permanecer impassible y de no admirar, y bien pronto se olvidará semejante resolución, y el lector más

prevenido y sobre sí hará coro con los que sienten y aplauden.

Conocidas son las ideas políticas del Sr. Catalina, y aunque no, extraño sería que en su espíritu ardientemente religioso y católico, en su pasión por la jerarquía eclesiástica, empleara mucha benevolencia con los que piensan que habiendo llegado, precisamente hoy mismo, toda la especie humana á la mayor edad, están ya demas toda tutela y autoridad sobre ella, y que más gallardo corre el potro sin montura y sin freno. Convenimos en que más fácil es tornear sentencias que arreglar el mundo; pero no por eso omitiremos algunas máximas y conclusiones políticas de las del Sr. Catalina en esta obra.

Véase como muestra de amarga ironía el siguiente lugar (pág. 474): «¡Qué riqueza de derechos adquiridos por el pueblo! ¿Qué hará de tanta ventura política? Lo mismo que han hecho todos los pueblos de la tierra de la suya respectiva. El gran acopio de libertades, logrado por la multitud en largos años de agitación y de luchas, viene á ser de la noche á la mañana la herencia de un dictador ó de un tirano.»—Y haciendo escarnio del más preciado entre los derechos políticos (página 598): ¿Sería acaso epigrama el comparar, en los días de la República, á un rebaño ó á muchos rebaños el cuerpo de electores, y el llamar *Ovilia* á los colegios electorales?—Bien que muy al principio (pág. 43) dejaba descubierta su opinión sobre los gobiernos populares. «La raza plebeya, dice, da el primer ejemplo, á que no ha faltado despues en veinte siglos, de que la democracia es aliada natural del despotismo.»—Y á poco añade: «La historia universal apenas presenta ejemplo de una gran tiranía que no haya sido preparada por una gran demagogia.»—Basta para señalar lo que el Sr. Catalina detestaba. ¿Será lógico buscar lo que prefería en lo más opuesto?—A tanto no nos atrevemos; y sin embargo, hay indicios de que mucho le recreaba la idea de una monarquía *ierática* ó sacerdotal, como su complacencia al recordar el homenaje prestado por Pedro II de Aragon á la santidad de Inocencio III; y su declaración (fólio 511), hablando de la armonía entre el sacerdocio y el Imperio, creada por el papa San Silvestre y el emperador Constantino: «armonía, dice, en cuya virtud el

príncipe se arrodilla ante el sacerdote, y el sacerdote á su vez reconoce y ampara la majestad del príncipe.»—No censuramos, no juzgamos, referimos solamente.

Descendiendo ahora á lo artístico y literario del libro, examinemos brevemente su materia y su forma, pero sin mucho sujetarnos á ningun método. No nos detengamos en esa inmensa nomenclatura de localidades, ni en el prolijo estudio de las equivalencias ó correspondencias de los nombres antiguos y modernos: esto se encuentra más ó menos puntualmente en cuantos libros han tratado de Roma, y somos nosotros, que nunca la hemos visitado, los peores jueces posibles en punto á tan curioso ramo de erudicion. Poco importan los nombres, en efecto, porque tan viva es de continuo la descripcion, que bien se considere destinada la obra á los que ven ó han visto á Roma, ó á los que no tenemos esa dicha, ó á los unos y los otros, es lo cierto que no hacen falta planos ni dibujos ni láminas, comprendiéndose todo con no menos claridad y perfeccion que si los hubiese, y acaso de una manera más ideal y más pintoresca, porque no los hay. Este es el carácter distintivo de los grandes pintores literarios. Puéblense, sino, de estampas sus obras, y el lector, distraído, gozará ménos repasándolas que con los dibujos y los cuadros que le ofrece á cada paso el ingenioso escritor.

Es de tal propiedad, á lo que conjeturamos, y de tal viveza—esto sí que lo decimos de cierto—la extensa descripcion de la plaza de San Pedro y de la Basílica, que á ser artificioso el Sr. Catalina ó desconfiar de sus propias fuerzas, habríala dejado para lo último, temiendo perjudicar al interes del todo si colocaba al frente cosa tan notable. Asombra lo que vió y reparó en el templo; y si es que en sus preciosas descripciones se aprovechó de la lectura, tanto mejor, pues que supo darnos condensados en espacio relativamente tan breve sus tesoros y los ajenos. Historia puntual, descripcion vivísima y apreciacion severa, pero justa, todo camina junto armoniosamente; y el que ménos, sacará de la interesante lectura de estas páginas, no sólo el naturalísimo deseo de verlo y admirarlo todo, sino el buen tacto y el juicio que enseñan á admirar

cada cosa en proporcion á su verdadero mérito. Escuela de buen gusto es la obra del Sr. Catalina, y descubre que él lo tenía consumado, sea con el estudio ó por revelacion y organizacion.

Despues de tanta variedad de noticias y descripciones, siempre mezcladas con frecuentes y oportunas observaciones, ya históricas, ya artísticas, ya de lo que podríamos llamar alta filosofía, viene un epílogo destinado al descanso del lector; pero descanso no ocioso ni perdido, sino bien aprovechado en resumir tantas maravillas, fijarlas en la memoria, y deducir de ellas frecuentemente elevadas consideraciones, severos pensamientos y máximas.

No hay cosa de mejor efecto y gusto que la idea de terminar esta importante parte de la obra con la visita á las *Grutas nuevas y viejas*, que son las bóvedas subterráneas del templo, «el monumento histórico y religioso más interesante de la tierra»; y el *viaje de ascension* á la inmensa cúpula de San Pedro. Recorriendo así desde los profundos cimientos y lóbregas bóvedas, hasta la gloriosa sobrehumana elevacion del templo ménos indigno que los hombres han elevado á la gloria de Dios, es como se abraza todo aquel conjunto incomparable, obra de más de tres siglos y de cuarenta pontífices para su construccion, y depósito de cuanto la religion ha sabido escoger entre lo más bello de la tierra en demostracion de culto y adoracion al Autor de toda belleza. Y aquella inmensa altura es la que escoge el entusiasmado escritor para predicar desde allí grandes y terribles verdades, con una valentía, una seguridad, una exaltacion que dominan y subyugan.

Sorprende, como tantas otras cosas, en este tan precioso libro, la facilidad con que el escritor, deponiendo el tono inspirado, casi profético, que reina en las últimas páginas de la descripcion precedente, vuelve á la suave calma que ha de emplear oportunamente en su visita al *conjunto de palacios* conocido por el Vaticano. Esta visita es, á nuestro entender, la parte más sustanciosa, más instructiva y más bella de toda la obra.

La Capilla Sixtina y la Signatura; Miguel Angel, no sabemos si el Dante ó el Homero, y Rafael, acaso el Virgilio de las